

Alerce

N° 99, noviembre de 2022. Sociedad de Escritoras y Escritores de Chile. Director: David Hevia.

Cuento inédito de Carlos Droguett ve la luz en el natalicio del autor

La obra del Premio Nacional de Literatura Carlos Droguett (1912-1996) se vierte hoy, fecunda, en la historia cultural del país. Por una parte, el autor de piezas como *60 muertos en la escalera* (1953), *Eloy* (1960), *Patatas de perro* (1965), *Todas esas muertes* (1971) y *Materiales de construcción* (1980), encuentra atentos lectores entre las nuevas generaciones. Por otra, el caudal creativo del destacado narrador chileno sigue ofreciendo sorpresas. En efecto, una cinta magnetofónica había guardado por 43 años la voz del escritor relatando un cuento a sus nietos en 1979, durante su exilio en Suiza. Ahora, a 110 años del nacimiento del gran intelectual, y a instancias de la familia y de la editorial Carbón Libros, esa desconocida fábula concebida por Droguett sale de imprenta en un hermoso volumen. Es *El hombre que se robó la noche*, cuento del cual, para regocijo de los lectores de *Alerce*, compartimos a continuación un fragmento.

El hombre que se robó la noche

ESOS VERSOS, QUE HABÍA ESCUCHADO CUANDO ERA NIÑO, que a menudo recordaba cuando trabajaba y se cansaba de trabajar, el hombre los repetía y los volvía a repetir cada noche cuando trataba de quedarse dormido y le costaba dormirse. Entonces a él le sucedía lo siguiente, que pasaba muchas horas sin dormirse, y cuando empezaba a tener sueño la noche se iba y llegaba el día. Entonces un

día le dijo a su mujer, ¿qué puedo hacer para poder dormir un poco? Porque todas las noches me cuesta mucho dormirme y cuando ya me está viniendo el sueño, poquito a poquito, se va la noche y llega el día. Llega el día, llega el sol, llega la luz, empiezan a cantar los pajaritos, pasan los tranvías y los automóviles, suena el agua del lago, y el agua del río Maya y me tengo que levantar para ir al trabajo.

—Si te falta noche —dijo la mujer, para reírse un poco de él— podrías robarte la noche, entonces así tendrías todo el tiempo la noche a tu servicio, como tienes una silla, como tienes una copa para beber un poco de vino, como tienes tus libros, como tienes tus zapatos. Te pones los zapatos cuando te levantas, te los sacas cuando te acuestas. Lo mismo podrías hacer con la noche y robártela. ¿Por qué no te la robas, hombre?, le dijo la mujer, solamente para reírse.

Y esa noche, cuando él regresó de su trabajo, y estaba cansado con sueño, por supuesto que se acostó pensando en lo que le había dicho su mujer. Su mujer se lo había dicho por broma, pero él entendió la broma en serio. Entonces, se dijo, yo me podría robar la noche... Y le dijo a su mujer: oye, no tengo sueño, ¿tú crees que, de verdad, me podría robar la noche? Pero, por supuesto, dijo ella, si la noche es una pobre vieja, sola, flaca, muy morena y muy abandonada. Yo creo que más allá del lago y más allacito del cerro, la podrías encontrar y sorprenderla antes de que llegue el sol. Tendrás, hombre, le repitió su mujer, que sorprender a la noche antes de que llegue el sol, antes de que canten los pájaros, suene el río, el agua del lago y pasen los trenes. Si no, no vale y no sacarás nada con hacerlo.

Entonces el hombre se estaba tratando de quedar dormido, para después de dormir una media hora, levantarse en dos minutos e irse a su trabajo y dijo: —Esta noche me voy a robar la noche—. Y ese día trabajó muy contento, porque sabía que, al día siguiente, y todos los días siguientes, iba a tener a la noche en su casa, como un mueble más, como una lámpara más apagada y podría dormir todo lo que quisiera, cuánto quisiera. Salió de su trabajo, se fue a su casa, comió y le dijo a su mujer: Tengo que hacer. Me voy a ir a robar la noche, aunque no estaba seguro de poderse robar la noche. No le dijo nada. Su mujer a veces se reía de él, otras veces no se reía, pero él siempre tenía miedo de que se riera, entonces no le dijo nada.

—Voy a salir —le dijo.

—¿Vas al cine? —le dijo ella—
¿Vas al teatro?

—Voy a salir —le respondió él. Y se mandó a cambiar.

Cuando cerró la puerta de la casa sintió que su mujer se reía, y él pensó que a lo mejor estaría deseosa de estar un poco mal genio, y que por eso se reía. Empezó a caminar, caminó y caminó por la calle, se terminó la calle, empezó a caminar por el campo, caminó a través de un bosque, bordeó el bosque, vio que se estaban encendiendo las luces al otro, lado del río, bordeó un poco el río, atravesó el puente, pero la noche

todavía no llegaba, se habían encendido las luces de los tranvías, de los trenes, de los automóviles, pasaban los pajaritos a acostarse, pero la noche todavía no llegaba.

Mi mujer dijo que yo tengo que coger a la noche y sorprenderla sin que se dé cuenta de que yo me voy a apoderar de ella. Por eso tengo que esperar que la noche esté bien llegada, que esté bien oscuro el tiempo, que esté bien oscura la calle y el cerro y el campo, entonces ahí la voy a sorprender. Luego pensó, “pero, ¿en qué me voy a llevar a la noche?”. Se miró los bolsillos de su ropa, los bolsillos eran muy chicos, no tenía ningún bolsón, no tenía ningún canasto, “debí haberme traído una olla de la cocina”, pensó. Se rascó la cabeza de rabia, y dijo: no me voy a poder robar la noche esta noche. Voy a volver a mi casa, le voy a decir a mi mujer que la película había terminado y que por eso no entré a verla.

Llegó a su casa y le dijo a su mujer: ya me cansé un poquitito y ahora voy a tratar de dormir. Se tomó un vaso de leche, se fue al baño, se peinó, se lavó los dientes, se acostó, se puso un poco de lado mirando la ventana, vio que la ventana estaba llena de noche, estaba toda la calle oscura, todo el cielo oscuro, y a lo lejos solo se divisaban estrellitas que encendían y apagaban sus ojos, como si se rieran de él, igual de como cuando su mujer se reía de él, sin reírse a carcajadas, pero mirándolo con sus ojos llenos de risa.

—Oye —le dijo a su mujer—, fíjate que no tengo sueño, pero ahora no estoy desesperado, sabes por qué no estoy desesperado, le dijo a su mujer, porque me voy a robar la noche. Mañana me la voy a robar y voy a llevar la olla grande de la cocina.

—Tú sabes —le dijo su mujer— que la olla grande la necesito para cuando hago garbanzos o cuando hago humitas. Así que, si no la vas a utilizar robándote la noche, no dejes de traerme la olla con su tapa y bien limpia, no me la vayas a manchar con barro ni con agua ni con pasto, y no se la vayas a regalar a la vecina tampoco, yo me he fijado que te fijas mucho en la vecina y siempre estás deseando robarme alguna cosa de la casa para regalársela a esa mujer. El pobre no contestó, y ella dijo: ¡Bah! Se quedó dormido. No, dijo él, no me quedé dormido, estoy mirando para afuera, a ver si la noche sigue pasando y se empieza a quedar dormida, porque a lo mejor me la podría robar desde aquí mismo, sin salir a la calle.

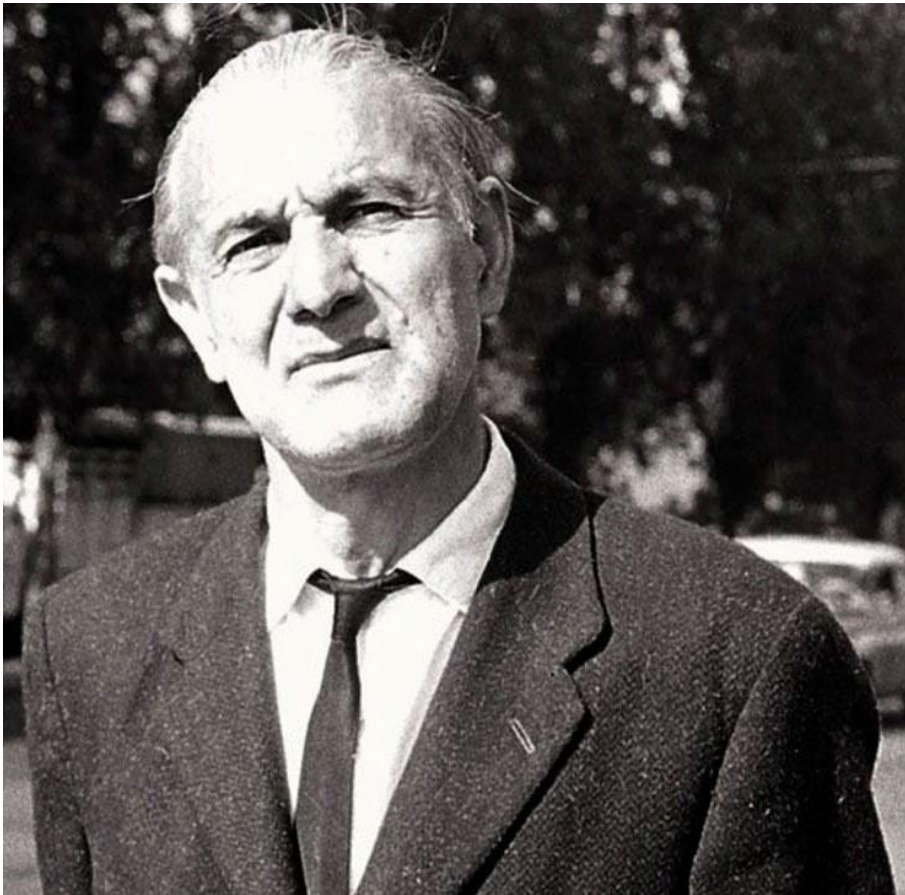
—Estás tonto —dijo su mujer—. Si la noche está muy lejos, está sentada más allá de un cerro y más allá de otro cerro. Yo a veces la veo, cuando voy al mercado, cuando voy al supermercado, en las tardes cuando tú estás durmiendo, el sábado, cuando no vas a trabajar y me aburro de esperar el taxi o me aburro de esperar el bus, la noche viene caminando y a veces se sube al bus y no paga, yo tengo que pagar porque no soy noche, claro que soy tan morena como ella, pero no soy tan vieja como ella —le dijo su mujer—: ¿Por qué no te quedas dormido?

—No tengo que quedarme dormido le dijo el hombre, porque estoy pensando cómo tengo que echar la noche a la olla...

—Así como se echa un pollo a cocer —le dijo la mujer—, ni más ni menos. Pero ten cuidado de echar a toda la noche dentro de la olla, no se te vaya a quedar afuera una pata de la noche o una mano de la noche, y el velo, ¡es muy importante!, esa vieja viuda necesita su velo si es que tú te la quieres robar, porque si no te va a molestar mucho y te va a insultar. Tienes que robar a la noche y su ropa y el velo de la noche, ese velo que está lleno de estrellas, y a veces de cometas, y a veces está manchada de nubes y un poco mojada por las lluvias —le dijo su mujer.

Pero el hombre estaba roncando.

El hombre que se robó la noche (Suiza, 1979)
© Carlos Droguett, herederos de Carlos Droguett Alfaro.
Edición Especial Aniversario, 2022.
Carbón Libros, 2022.



Marcela Royo Lira y su maravillosa cosecha narrativa

Nacida en Santiago de Chile en 1945, Marcela Royo Lira realizó sus estudios en el Liceo Manuel de Salas y en la Escuela de Taquigrafía del Senado. Fundadora de la revista *El duende indiscreto*, ha publicado *Cuentos por diversión*, *Tardes de embrujo* y *La maldición del ofidio*. Integrante de la SECH, miembro del colectivo Arca Literaria y antologada en diversas selecciones, su obra ha sido reconocida en varias oportunidades, entre las cuales cabe destacar la obtención de la Beca de Creación del Fondo Nacional del Libro y la Lectura del Consejo Nacional de las Culturas y las Artes (2011).

Su libro *Cosechando olvidos* (2019) salió de imprenta bajo el sello de Ediciones La Garza Morena, reuniendo cuarenta cuentos en los cuales la autora hace gala de un lenguaje hermoso y prolijo a la hora de construir imágenes de alta eficacia narrativa. Al referirse a ese volumen, Lucy Mendoza señala que este “pareciera crear un espacio nuevo en el que se organizan una suerte de recortes documentales de una realidad que pasa con rapidez y que es necesario visualizar en su fugacidad y contemplarla aunque sea en imágenes parciales, ver su mensaje antes de llegar a su final ineludible. En el prólogo de la obra, en tanto, Ricardo García plantea que “este libro constituye un vuelo desde el alma de la escritora hacia el alma de sus lectores, donde ella, de manera cariñosa, nos invita a recorrer el camino de su propia esencia, la ruta que todo escritor sincero debe transitar; aquella dignidad literaria que marca la diferencia entre una persona que escribe por entretención y una verdadera artífice de la palabra”. En ese sentido, agrega que “el paisaje, los pájaros, la luna, el sol, las estrellas, los árboles, el agua, las flores, la lluvia, el barrio que la circunda, vecinos, amigos y gente conocida, son el mundo real de la escritora que en dulce simbiosis con su mundo onírico constituyen un discurso efectivo y, a la vez, vehículo de hondo y sincero compromiso escritural; porque el arte de escribir —y todo arte en general— tiene la sagrada misión de



comunicar, entretener, enseñar, conmover las fibras íntimas del lector”.

Precisamente de ese libro, *Alerce* presenta a continuación el cuento *Cuando se murió el mar*, que destaca por la belleza de la imaginación y las poderosas metáforas de las que se sirve la autora para compartir con nosotros una reflexión que se da cita con la dolorosa historia del país y desemboca, más que en un desenlace, en una enriquecedora cosmovisión.

Cuando se murió el mar

No acostumbro aventurarme más allá de las callejuelas del puerto de Coronel. No, desde que mi hermano desapareciera sin dejar rastro; sin embargo, el grito enloquecido de una bandurria con sus alas abiertas posada en lo alto del espino, me urge partir de inmediato hacia el lugar en que le viera por última vez. “*Se murió el mar anoche. De una orilla a otra*” creí entender que decía y algo parecido a un sollozo le escuché al final. Perpleja, aún medio dormida, me asomo a la calle. Ni un alma en los alrededores. El silencio me sobrecoge y la brisa, que acostumbra venir del océano cuando algo maligno se acerca al poblado, se incrusta como aguja en mi piel. No es la primera vez que ocurre, pájaros de mal agüero que vienen del bosque anunciando lo imposible.

¿Morirse el mar? ¡Muerto! Este pensamiento insólito me despabila.

Cuando llego a Playa Blanca, los lugareños, incapaces de entender lo sucedido, observan incrédulos lo que tienen enfrente, el temor en sus ojos. Por un segundo, ese miedo lo hago mío y permanezco de pie junto a ellos, sin atinar a nada. Es cierto, el mar ha muerto. La ausencia del oleaje monótono, la quietud inesperada del agua, la espuma blanca estancada en donde a menudo disfruto bañar mis pies, lo confirma. Al comprender la terrible desgracia, quisiera gritar y llorar, patear y revolcarme en la arena en una de esas pataletas que sufría de niña, pero mi deber de adulta lo impide. Un ruido sordo nos envuelve, como el arrastrar de hojas secas aquí en la arena donde no hay árboles, y descubro que son nuestras respiraciones, el jadeo del miedo que creímos haber dejado atrás.

Algo se mantiene sobre la superficie inerte. Figuras oscuras yacen inmóviles...

“*¡Son nuestros muertos, los que el océano se negó a devolvernos!*”, exclamo. En el silencio de las primeras horas, las sombras comienzan a esfumarse y una claridad incipiente ilumina la caleta.

Es la señal. Cientos de personas que durante meses venían con la esperanza de recuperarlos, corrieron en busca del ser amado. También yo entro al mar por mi hermano mayor, desaparecido hace algún tiempo en la borrasca de una tormenta. En vano nuestras voces imploraron al Dios del océano. No hubo piedad.

—Vámonos a casa —digo, alzándolo entre mis brazos—. Cuántas historias tenemos para contarnos.

—Toda una vida, hermanita —responde y me sigue, aunque sea para tomarnos una última taza de café antes de su partida definitiva, sólo que esta vez sabría dónde hallar su cuerpo.

Cuando íbamos en dirección al caserío, escuchamos al mar. Había vuelto a la normalidad. Las bandurrias, desveladas, enloquecidas ante lo increíble, dejaban oír su grito metálico transmitiéndole la noticia al dios Ibis.

Muchos, de quienes recuperamos a nuestros muertos

esa madrugada, les hicieron unas exequias que el pueblo no olvidará en años, con grandes discursos y cánticos, porque ya no nos quedaban lágrimas. Luego, fueron enterrados, como se acostumbra en mi país: con flores, fotografías y objetos que el difunto amó en vida.

Yo no participé, no pude. Me negué rotundamente a entregar al mío. ¿Volver a perderlo cuando lo había recuperado? ¿Dejarlo encerrado en un cajón bajo tierra, sin la menor opción de distraerse? Por lo menos en el mar, con tantos peces, pulpos y cangrejos, debió pasarlo bien. Si hasta con una sirena flirteó durante los primeros meses, según contó después en casa. Y pensé en las niñas lindas de las que estuvo enamorado y solía traer a casa los días domingos, a la hora de almuerzo.

Sé que los vecinos murmuran a mis espaldas, espían mis movimientos y se asoman a la pandereta a fin de descubrir algo anómalo. Heriberto sabe mantenerse en su sitio. Cuando vino la policía y registró la casa no halló indicio de que lo tuviese escondido. Pero yo sabía que estaba allí, en algún rincón, riéndose de los hombres con la picardía, con la picardía del niño que fue. Y quise reír también, volver a la infancia y perseguir, tomados de la mano, a las gallinas que cacareaban excitadas, mientras mamá decía que por nuestra culpa no pondrían huevos durante semanas. Reí después, cuando se retiraban y uno de ellos, con manifiesta contrariedad, limpió en el pasto la suela de sus bototos, solo que esta vez no fueron las aves las culpables sino la docena de gatos que me dio por recoger en la calle.

*“Se murió el mar una noche de una orilla a la otra orilla”.
“Muchos fueron por sus muertos hoy duermen bajo tierra”.
“Solo uno no volvió oculto en la casa de su infancia”.*

Acusa a medianoche la bandurria desde el espino. No es primera vez que se asoma, enredando su grito al ramaje oscuro del bosque. Le oigo, pero no la veo, como si también quisiera no ser descubierta.

Y temerosa del grito convulso de sus compañeras, en el que advierten que los militares amenazan con volver quebrando de golpe la noche, pisarán las calas y gardenias en la entrada, abrirán puertas a culatazos, enardecidos ante la sospecha de que el mar vuelva a morir y otros imiten a mi hermano, corro a la buhardilla y ruego a Heriberto que vuelva a internarse en el océano. “*Quién sabe si la sirena aún espera por ti*” —insinúo para convencerlo—. “*Sabré hallarte en el oleaje de Playa Blanca cada vez que quiera verte*”, susurro en mitad del abrazo.

Mientras vamos camino hacia Playa Blanca, las bandurrias vuelan sobre nuestras cabezas sin emitir sonido alguno, sombras que se deslizan en mitad de la noche. Presintiendo quizás que, a veces, es mejor callar.

Marcela Royo Lira

